

texti.

El objeto a - de una falta irreductible.

Surmani A, Florencia.

Cita:

Surmani A, Florencia (2019). *El objeto a - de una falta irreductible*. texti.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/florencia.surmani.alfonsin/2>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pDCF/pvP>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

El objeto *a* - de una falta irreductible.

Florencia Surmani

“El a, ese resto, ese residuo, ese objeto cuyo estatuto (...) es tan difícil de articular que se constituyó en la puerta de entrada de todas las confusiones en la teoría psicoanalítica”

“No debería acaso sugerir la idea de que un discurso sobre el objeto debe pasar obligatoriamente por relaciones complejas, que sólo nos permiten el acceso a través de profundos zigzags?”

“¿Cómo decir lo que es del orden de lo indecible, y cuya imagen, sin embargo, quiero hacer surgir?”.

J. Lacan, *Seminario 10*.

I. INTRODUCCIÓN

En el presente texto haremos un recorte del *Seminario 10* para poder abordar la elaboración del objeto *a* tal como lo introduce Lacan en dicho seminario. Adentrarnos en esa vía nos hará recorrer distintos conceptos y nociones de la enseñanza de Lacan tales como: falo, Edipo, castración, deseo, pulsión y constitución del yo, entre otros.

II. DESARROLLO

En los primeros años de su enseñanza Lacan aborda la noción de objeto, mejor dicho de *falta de objeto*, a partir de la noción de objeto fálico y del objeto agalma correspondientes al *Seminario 4* y *Seminario 8* respectivamente -donde estaba en juego una dimensión simbólico-imaginaria principalmente (aunque no sin una relación con lo real).

A lo largo de los primeros seminarios Lacan intenta dar cuenta de los puntos de apoyo significantes en los que se constituye el sujeto barrado (el sujeto como efecto del Otro, el sujeto como efecto del significante, el sujeto como segundo respecto del rasgo unario, el sujeto que se encuentra entre los significantes). Es en esa vía que Lacan llega a un *impasse*; así, en el *Seminario 9* -el seminario que lleva por título *La identificación*- señala que la primera marca significativa, el rasgo unario, es insuficiente para dar cuenta del surgimiento del sujeto en lo real. En ese contexto ubica lo siguiente: *“(...) el sujeto está entre los efectos idealizantes de la función significante y la **inmanencia vital**”* (*Seminario 9*, clase del 20-12-61, inédito -las negritas son nuestras).

Es decir, Lacan ubica que hay algo que es significativo y hay algo que tiene que ver con lo vivo, lo vital, y que además, eso vivo es inmanente. Así, Lacan toma la vía del objeto.

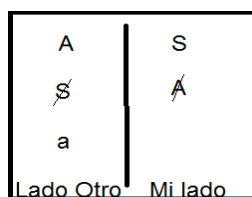
Es cierto que Lacan toma el camino de la angustia para conceptualizar al objeto *a*. Nosotros no empezaremos por allí sino que primero nos detendremos en lo que Lacan llama, en el *Seminario 10*, el *Esquema de la división*.

El esquema de la división.

Este esquema de la división da cuenta del *“proceso de subjetivación”* (Lacan 1962-1963, 36) y, en consecuencia, nos permitirá ubicar cómo se constituye el sujeto en el campo del Otro y cómo, en esa operación, va a producirse un resto que es el objeto *a*:

“El problema es el de la entrada del significante en lo real y el de ver cómo de eso nace el sujeto.”
(Lacan 1962-1963, 99)

Lacan utiliza este esquema tres veces en el *Seminario 10* (las dos primeras veces se trata del mismo esquema, la tercera presenta una modificación que luego señalaremos). El *Primer y Segundo esquema* suponen la siguiente formulación (Lacan 1962-1963, 36, 127):



Como mencionamos más arriba, este esquema permite pensar cómo se constituye el viviente, el sujeto mítico de la necesidad en el lugar del Otro con mayúsculas:

“Al principio encuentran ustedes A, el Otro originario como lugar del significante, y S, el sujeto todavía no-existente, que debe situarse como determinado por el significante.” (Lacan 1962-1963, 35)

“Arriba de todo a la derecha, el sujeto, en tanto que, en nuestra dialéctica, tiene su punto de partida en la función del significante. Es el sujeto hipotético en dicha dialéctica. (Lacan 1962-1963, 127-128)

Entonces tenemos:

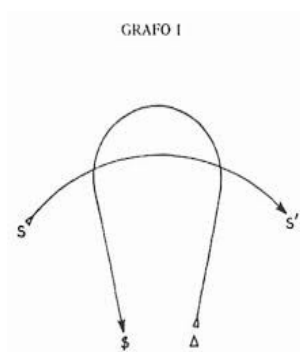
-S: el sujeto hipotético, el sujeto mítico de la necesidad previo a la entrada del lenguaje (aquel que situamos en la célula elemental del grafo)

-A: el Otro como lugar o tesoro de los significantes.

De lo que se trata entonces es de la entrada del viviente en el Otro

A | S

Que podría homologarse con el *grafo 1* o la célula elemental del grafo en *Subversión del sujeto...*:



El efecto del pasaje de S por A produce el \$ y el **A tachado**:

“El sujeto tachado, por su parte, único sujeto al que accede nuestra experiencia, se constituye en el lugar del Otro como marca del significante. Inversamente, toda la existencia del Otro queda suspendida de una garantía que falta, de ahí el Otro tachado.” (Lacan 1962-1963, 127-128)

El \$ es el sujeto dividido, atravesado por el significante “(...) marcado por el rasgo unario del significante” (Lacan 1962-1963, 36), aquel que quedará para siempre entre dos significantes, aquel

que encontraremos en las formaciones del inconsciente. Y el **A tachado** da cuenta de un Otro incompleto, aquel que no cuenta con todos los significantes, sobre todo de aquél que nombre al sujeto. Lacan ubica allí también al inconsciente. Podríamos agregar que tanto el sujeto y el Otro están atravesados por el significante, ambos quedan afectados por la barra.

Agreguemos ahora que del pasaje del S por A no sólo se producen \$ y A tachado sino que en ese pasaje se produce un resto, que es el *a*.

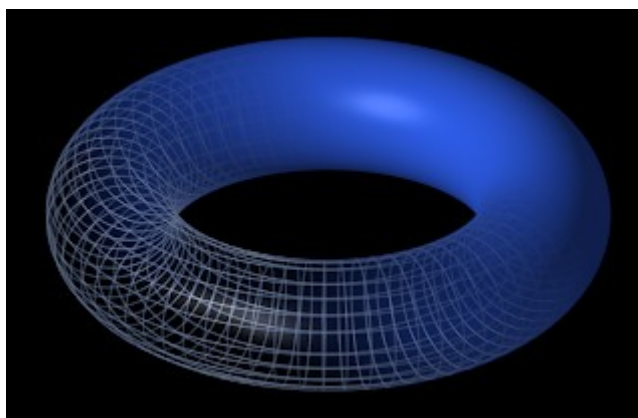
“El aislamiento del a se produce a partir del Otro, y es en la relación del sujeto con el Otro que se constituye como resto.” (Lacan 1962-1963, 127)

“Ese resto, ese Otro último, ese irracional, esa prueba y única garantía, a fin de cuentas, de la alteridad del Otro, es el a” (Lacan 1962-1963, 36).

El objeto *a* entonces queda como resto de la entrada en el lenguaje y es la prueba de la verdadera alteridad del Otro. Es decir, que el \$ no es igual a su inscripción en el Otro, nuestra existencia no se reduce a lo que ese campo del lenguaje puede articular sobre ella, aunque sea su condición.

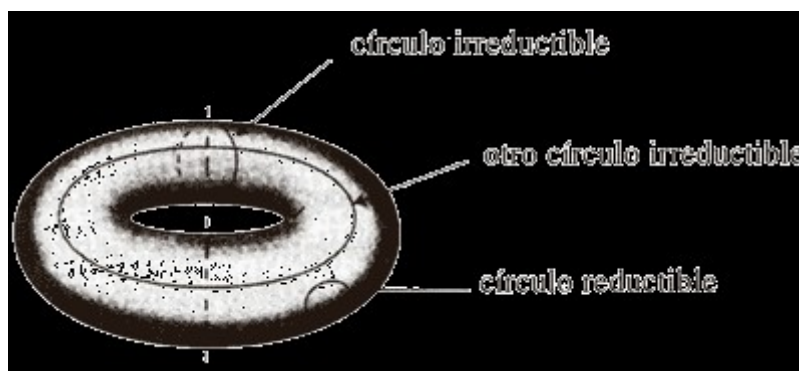
La falla radical: “De una falta irreductible al significante”.

Este residuo que es el *a* se va a producir como una “*pieza faltante*” (Lacan 1962-1963, 151) que podemos equiparar con el objeto perdido freudiano. Este objeto *a* nos introduce en una nueva dimensión de la falta, del agujero, que Lacan va a precisar en este seminario. Para ello recurre a la figura topológica del **toro**. En ella Lacan señala que “*(...) la función del agujero no es unívoca*” (Lacan 1962-1963, 146).



Toro

“Esta superficie es en apariencia de las más simples de imaginar, pero si la elaboramos para referirnos a ella, y a condición de referirnos a lo que es, una superficie, han podido ustedes constatar que allí se diversifica extrañamente la función del agujero” (Lacan, 1962-1963, 147).



En el toro podemos encontrar agujeros que son círculos irreductibles, que no pueden cerrarse hasta reducirse a un punto, lo cual lleva a Lacan a formular que “(...) *hay estructuras que no conllevan el colmamiento del agujero*” (Lacan 1962-1963, 147). Se trata de un “*tipo irreductible de falta*” (Lacan 1962-1963, 148).

“La falta es radical, radical en la constitución misma de la subjetividad, tal como se nos manifiesta por la vía de la experiencia analítica. Me gustaría enunciarlo con esta fórmula – en cuanto eso se sabe, en cuanto accede al saber, hay algo perdido, y la forma más segura de abordar eso perdido, es concebirlo como pedazo de cuerpo” (Lacan 1962-1963, 148).

Vayamos por partes: tenemos la falla radical en la raíz de la estructura, “*en la constitución misma de la subjetividad*”, en el proceso de que algo entre en el saber, es decir, que la existencia misma del sujeto se inscriba como articulación significativa en el lugar del Otro. Esa inscripción y articulación en el campo del significante no es perfecta, no es completa, adolece de una falla radical. Esa falla, abordada desde el campo del significante, resulta concebida como algo perdido, y a su vez eso perdido se presenta como un pedazo de cuerpo (perdido, cedido).

Entonces el objeto *a* es ese objeto perdido freudiano pero, a la vez, es esa falta o falla radical.

En esta misma línea, Lacan sostiene:

“(...) la relación con el Otro, donde se sitúa toda posibilidad de simbolización y de lugar de discurso, va a dar con un vicio de estructura.

El paso más que hay que dar es concebir que en este punto tocamos aquello que hace propiamente posible la relación con el Otro, o sea, con aquello de donde surge que haya significante.

Este punto de donde surge que haya significante es el que, en cierto sentido, no puede ser significado. Es lo que llamo el punto de falta de significante.” (Lacan 1962-1963, 149).

Ese *punto de falta de significante* es esa falta o falla estructural que es el *a*. Falla que se distingue del S(A) tachado donde todavía se está en el terreno del significante, ya que el S(A) tachado es un significante que designa la falta. En la falla estructural se trata más bien de un corte, una hiancia, una falla que el símbolo no suple, que no es significable:

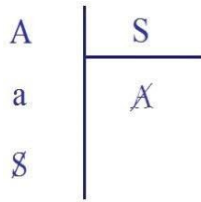
“(...) es una falta que el símbolo no suple. No es una ausencia que el símbolo pueda remediar.

Tampoco es una anulación, ni una denegación. Anulación y denegación son formas constituidas de lo que el símbolo permite introducir en lo real, a saber la ausencia.” (Lacan 1962-1963, 151).

En esta vía J.A Miller sostiene :

“El resto obstaculiza entonces la dialéctica y la lógica del significante, en el sentido de que permanece irresoluble, no se lo puede resolver ni disolver.” (MILLER, 207, 29)

Veremos ahora que a lo largo del *Seminario 10* Lacan va a plantear que esa falla radical constitutiva de la subjetividad es lógicamente anterior a la constitución del \$. Aquí nos topamos con el *Tercer esquema de la división*



Tercer esquema de la división

Tenemos de vuelta el planteo de la entrada del S en el campo de Otro (A) tal como lo teníamos en el primer y segundo esquema de la división:

“Ya les he enseñado a situar el proceso de subjetivación en la medida en que el sujeto tiene que constituirse en el lugar del Otro bajo los modos primarios del significante, y a partir de lo que está dado en ese tesoro del significante ya constituido en el Otro, tan esencial para todo advenimiento de la vida humana como todo lo que podemos concebir del Umwelt natural. El tesoro del significante donde tiene que situarse espera ya al sujeto, que, en este nivel mítico, todavía no existe. Sólo existirá a partir del significante, que le es anterior, y que con respecto a él es constituyente.” (Lacan 1962-1963, 175)

Entonces, tenemos el mismo punto de partida que el primer y segundo esquema de la división: del punto de partida que es ese Otro -en tanto tesoro del significante- el sujeto tiene que constituirse. Lacan lo plantea del siguiente modo:

“Digamos que el sujeto lleva a cabo una primera operación interrogativa en A -¿Cuántas veces?” (Lacan 1962-1963, 175)

Es decir, así como cuando uno tiene que dividir números (por ejemplo 5 dividido 3) uno se pregunta: ¿cuántas veces entra el número 3 en el número 5? En el terreno de la entrada en el lenguaje, uno puede formularse la siguiente pregunta: ¿cuántas veces entra el sujeto hipotético, mítico, de la necesidad, en el campo del Otro? Como venimos planteando, en esa operación de división surge una diferencia, un resto. En este tercer esquema el objeto *a* lo encontramos antes del §:

“(...) surge entonces una diferencia entre el A-respuesta, marcado por la interrogación [ubiquemos aquí al A tachado] y el A-dado [en tanto A tesoro del significante], algo que es el resto, lo irreductible del sujeto. Es a.” (Lacan 1962-1963, 147)

“El a es lo que permanece irreductible en la operación total de advenimiento del sujeto al lugar del Otro.”

“La relación de este a con S -el a precisamente como aquello que representa al sujeto en su real irreductible- este a sobre S es lo que completa esta operación de división, ya que en efecto A, por así decir, no tiene común denominador entre el a y el S. Si queremos, por convención, cerrar de todos modos la operación, ¿qué hacemos? Ponemos en el numerador el resto y en el denominador al divisor. El § es equivalente a a sobre S. $§ = a/S$.”

“En tanto que es caída, por así decir, de la operación subjetiva, en este resto reconocemos estructuralmente, mediante la analogía del cálculo, el objeto perdido.” (Lacan 1962-1963, 175)

Ese resto que es el objeto *a* representa al S mítico de la necesidad -que a partir de este momento del Seminario 10 podremos ubicar como el sujeto mítico del goce- en su real irreductible. Es un real que se constituye como resto en una temporalidad lógicamente anterior. Veremos en breve que se trata de un resto, un corte, una pérdida que es lógicamente anterior al complejo de castración freudiano.

Dijimos entonces que este objeto supone una falla, una hiancia, un corte. Ese corte produce un objeto cesible en tanto es un objeto que se cede al campo del Otro como precio, como “libra de carne” que se paga por entrar en el campo del significante. Podemos precisar ahora que se paga con un pedazo de cuerpo y se paga con goce.

Ese corte supone, a su vez, una *separtición* (neologismo que Lacan utiliza para señalar una separación/partición -Lacan 1962-1963, 256): una partición al interior de una unidad.

Para dar cuenta de ese corte o de esa *separtición*, Lacan se sirve de la embriología. En el nacimiento, el recién nacido no se separa de la madre sino de la placenta, es el cuerpo real el que se parte de sí mismo, la placenta no es de la madre ni del niño, es un objeto amboceptor. Se pierde una parte del organismo, del viviente, inaugurando en esa pérdida su nacimiento como falta en ser (\$).

Objeto cesible que se conforma como un objeto *éxtimo*, si lo nombramos con otro neologismo donde Lacan condensa lo exterior con lo íntimo: lo más íntimo ubicado en el exterior, o el exterior que se implanta en lo más íntimo. Aquí el ejemplo clínico es lo siniestro u ominoso: lo *unheimlich*, donde encontramos lo familiar en lo no familiar o viceversa.

Tenemos entonces la falla estructural, lo irreductible, y el objeto perdido, que nos permiten dar cuenta del objeto *a*.

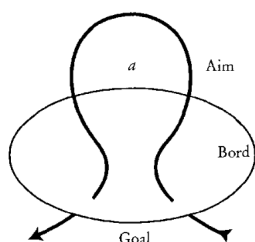
Veremos que al objeto *a* podremos ubicarlo también en distintos lugares donde nos encontramos con la función de objeto; es decir, en la pulsión, en el deseo y en el narcisismo.

F. Schejtman los ubica como “*versiones del objeto a*” (Schejtman 2013, 428), siendo el objeto perdido y la falla estructural las dos primeras versiones del objeto *a* para luego ubicar el objeto pulsional, el objeto en el deseo y los objetos del narcisismo.

El objeto *a* en la pulsión

En la pulsión también nos encontramos con el objeto *a* como corte. Este corte se aplica a todos los objetos que encarnan la pulsión: oral, anal (aislados por Freud), mirada y voz (agregados a la lista de objetos pulsionales por Lacan).

El objeto *a* como corte, como hueco, permite que los objetos contingentes de la pulsión ocupen su lugar produciendo una sutura¹ y permitiendo además que la pulsión realice, así, su recorrido. Los objetos de la pulsión permiten recuperar -siempre de manera parcial- algo de ese goce perdido como plus de gozar en dicho recorrido. El objeto pulsional se presenta entonces como soporte de recuperación de goce.



El corte lo encontramos también en las zonas erógenas que son zonas de borde, tal como lo formulará luego Lacan en el *Seminario 11*.

¹ “(...) la sutura de ese agujero que aportan los objetos pulsionales: oral, anal, escópico e invocante (...) Ellos constituyen las ‘sustancias episódicas’ del objeto a (...) en torno de las cuales la pulsión alcanza una satisfacción... siempre parcial”. (Schejtman 2013, 430).

El objeto *a* en el deseo

¿Que aporta esta conceptualización del *a* a la noción de deseo tal como Lacan la venía conceptualizando en los seminarios anteriores?

Por un lado tenemos que con el objeto *a* podemos ubicar el **objeto causa del deseo**. Ya no se trata del objeto del deseo ni del deseo de reconocimiento -aunque esas dimensiones puedan seguir teniendo su función en la estructura.

Señalemos brevemente que **causa** en este seminario tiene que leerse como sinónimo de corte, hiancia, hiato (y no como determinación). Como venimos ubicando de distintas formas, el sujeto no es agente de su deseo: *el deseo es el deseo del Otro*, versa el aforismo que Lacan toma de Hegel. El paso que va a dar Lacan en este seminario es que “*es un objeto a el que desea*” (Lacan 1962-1963, 35).

Lacan señala que suele haber un malentendido respecto del objeto en el campo del deseo que es pensar el objeto como “deseo de”, donde el objeto del deseo sería algo hacia donde el deseo tiende. En este punto Lacan se pregunta:

“(…) *el objeto del deseo, ¿puede ser concebido de esta forma? ¿Son así las cosas en lo referente al deseo? (...) ¿acaso el objeto del deseo está delante? Este es el espejismo en cuestión.*” (Lacan 1962-1963, 114).

Y en este punto Lacan ofrece una rectificación:

“(…) *el objeto a no debe situarse en nada que sea análogo a una intencionalidad de una noesis². (...) en la intencionalidad del deseo, que debe distinguirse de aquella, este objeto debe concebirse como la causa del deseo. Para retomar mi metáfora de hace un momento, el objeto está detrás del deseo.*” (Lacan 1962-1963, 114)

Así:

“*El deseo, yo les enseño a vincularlo con la función del corte, y a ponerlo en una determinada relación con la función del resto, que sostiene y anima el deseo.*” (Lacan 1962-1963, 250).

El deseo como causa es lo que anima el deseo, es ese corte, esa falla radical que luego podrá articularse en el fantasma. Para que el objeto *a* pueda articularse como objeto causa del deseo es necesario que se articule con la castración, con el (-*phi*).

¿Cómo se produce la articulación del *a* con el (-*phi*)? Por la operación paterna. La función paterna redobla la castración estructural (aquella concomitante a la entrada en el lenguaje) nombrándola como fálica, haciéndola entrar en la norma fálica.

“(…) *la castración hace de un objeto que falta desde siempre un objeto propiamente perdido (...) La castración comporta la lectura en clave fálica de la falta original de objeto, nombra fálicamente al objeto que falta desde siempre, volviéndolo un objeto perdido... causa del deseo*” (Schejtman, 2013, 433)

Podemos agregar que de la falla estructural que es la entrada en el lenguaje, se hace un mito: la idea de que hay una prohibición del goce. El goce está interdicto para todo aquel que habla, sostiene Lacan en su escrito *Subversión del sujeto*, pero el mito del Edipo lo traduce en prohibición paterna.

Entonces, ya no se trata

2 Del griego "noein" (intuir, pensar) la *noesis* es la actividad del pensamiento ("nous") por la que éste accede a un conocimiento directo e inmediato del objeto. Se opone, pues, tanto a la percepción sensible, que requiere la mediación de los sentidos, como al pensamiento discursivo ("diánoia") que recurre a la mediación del razonamiento y/o del cálculo.

solamente del deseo como metonimia de la falta en ser ni del objeto postizo señuelo al que apunta el deseo sino de la causa del deseo que está por *detrás*. Así, la castración tal como la conocemos en Freud, producto de la operación paterna, interpreta esa falla radical, ese vicio de estructura como falta volviéndolo causa de deseo (cuestión que funcionará luego tanto en el campo del deseo como en el campo del amor). En breve, retomaremos este punto.

El objeto *a* en el narcisismo.

La elaboración del objeto *a* supone una reformulación de lo especular en Lacan.

En primer lugar, señalemos que esta falla estructural que ubicamos como objeto *a* no sólo es irreductible respecto del significante sino también, es irreductible en el campo de la imagen. En esa vía, el objeto *a* sería un objeto no especular.

Para poder ubicar esto, Lacan recurre a otra superficie topológica que es el *cross-cap* -que por razones de extensión no desarrollaremos aquí. Pero sí señalaremos que es una superficie donde se produce un corte que “(...) *da la posibilidad de concebir intuitivamente la distinción entre el objeto *a* y el objeto construido a partir de la relación especular: el objeto común.* (Lacan, 1962-1963, 108).

Es decir tenemos el objeto *a* que da cuenta de esa falla estructural, que es irreductible, y aquello que por la función del espejo puede pasar al campo de la imagen. Y en este punto tenemos una relectura de *Introducción del narcisismo y del estadio del espejo*:

*“Antes del estadio del espejo, lo que será *i(a)* se encuentra en el desorden de los *a* minúscula que todavía no es cuestión de tenerlos o no tenerlos. Este es el verdadero sentido, el sentido más profundo a darle al término autoerotismo -le falta a uno el sí mismo, por así decir, por completo. No es el mundo exterior lo que le falta a uno, como se suele decir impropriamente, sino uno mismo.”* (Lacan 1962-1963, 108)

Espejo

a | *i(a)*

Antes de la constitución del yo y del narcisismo, el autoerotismo supone los *a* ‘desordenados’. Una vez que se produce la unificación del yo a través del estadio del espejo, el objeto *a* queda recubierto por la imagen formando el *i(a)*.

Este *i(a)* no es solamente la imagen del otro especular sino el *a* recubierto por la imagen, las galas narcisistas de ese objeto: “*el objeto con glamour, el brillo deseable*”. (Lacan 1962-1963, 105)

El objeto *a* y el falo. “Una de las traducciones posibles”.

Una vez que ubicamos que hay una falta o falla irreductible al significante, la noción de falta de objeto (tal como la abordamos, por ejemplo, en el *Seminario 4*) también sufre una reformulación.

En el *Seminario 4*, podríamos decir que la frustración, privación y castración se articulan a la falta de significante y teníamos allí el falo como un significante privilegiado para poder ubicar la falta.

En el *Seminario 10* y con la elaboración del objeto *a*, “*se trata por el contrario de la elaboración de una nueva estructura de la falta, una estructura no significativa de la falta*” (Miller 2007, 34), que ubicamos anteriormente como esa falta irreductible al significante.

Retomemos, una vez mas, esa falta irreductible al significante. ¿Basta con decir que esa falta es real? Si bien la privación es una falta real pero que podíamos saber algo de la privación porque introducíamos allí un símbolo:

“La privación es algo real, mientras que la falta, por su parte, es simbólica. Está claro que una mujer no tiene pene, pero si no simbolizan ustedes el pene como el elemento esencial que se ha de tener o no tener, ella no sabrá nada de esa privación”. (Lacan, 1962-1963, 150).

Es decir, que es una falta que puede nombrarse por una operación significante que intenta reducirla. Podríamos decir que la castración -tal como la ubicamos en el *Seminario 4*- también supone la simbolización de la falta. Ahora bien, una vez que tenemos la elaboración del objeto *a* como ese real irreductible, tanto la teoría de la castración como la noción de falo son iluminados en otra dimensión:

“(...) el (-phi) como el soporte imaginario de la castración es una de las formas posibles de aparición de la falta” “(...) no es más que una de las traducciones posibles de la falta original, del vicio de estructura inscrito en el ser en el mundo del sujeto de quien nos ocupamos” (Lacan, 1962-1963, 150)

Entonces, el falo es una de las traducciones posibles de esa falla original. Que es lo mismo que decir que no siempre la falla original se traduce en falo (la psicosis, por ejemplo, da testimonio de ello), traducción que es posible -tal como mencionamos anteriormente- por la operación paterna de la castración.

En este mismo punto queda cuestionada la castración que se produce en el complejo de Edipo como el último punto para articular la castración como falla radical. Y, asimismo, queda también cuestionada la lógica de falo-castración como último punto para pensar el fin de análisis:

“En estas condiciones [aquellas que plantean que el falo es una de las traducciones posibles de la falla original] ¿no es normal preguntarse por qué la experiencia analítica podría ser llevada a ese punto y no más allá? El término que Freud nos da como último, el complejo de castración en el hombre y el Penisneid en la mujer, puede ser cuestionado. No necesariamente es el último.” (Lacan 1962-1963, 150).

En este punto, podemos decir que no hay exactamente una perspectiva falocéntrica en Lacan, ya que el falo es sólo una de las traducciones posibles de esa falla. El falo no es el único elemento para situar la falta.

Además podemos situar que tenemos una “castración” que está producida por la mera entrada en el lenguaje, el vicio de estructura, la falla radical, y otra castración, la castración freudiana, que es solidaria del Edipo, es decir, de la función paterna que traduce y articula el *a* con el (-) phi.

El objeto *a* y el agalma

En el *Seminario 8*, el objeto que se encuentra por la vía del amor, es el objeto *agalma* como ese objeto precioso que contenía un vacío en su interior -del cual Lacan resalta su interés topológico. Podríamos agregar que en ese interior suponemos el *a* como puro vacío.

Ya en el *Seminario 10* podemos definir el *agalma* como la conjunción de *a* con (-)phi. El *agalma* es el objeto al que se apunta en la vía del amor pero aparece como señuelo, y es un señuelo que no es sin relación al *a*.

Tanto en el campo del deseo como en el campo del amor, el objeto *a* se encuentra ligado al (-)phi.

La angustia

Tomemos, ahora sí, a la angustia como la vía privilegiada para abordar el objeto *a* ya que *“la manifestación más llamativa de este objeto a, la señal de su intervención, es la angustia”* (Lacan 1962-1963, 98), donde *“(...) la angustia es su única traducción subjetiva”* (Lacan 1962-1963, 113).

Así como ubicamos cómo se reformula el deseo, lo especular, el falo a partir de la elaboración del objeto *a*, la angustia también es precisada en el *Seminario 10*.

Por un lado, Freud sostenía que mientras el miedo es ante un objeto, la angustia, es *sin* objeto. Lacan va a situar, por su parte, que la angustia *“no es sin objeto”* (Lacan 1962-1963, 100)... no sin

este objeto *a*. Podríamos decir que la angustia surge cuando la falta (aquella que situamos en la castración, en el (-phi) que vela el *a*, falta: “(...) *cuando la falta viene a faltar*” (Lacan, 1962-1963, 52). Es decir: cuando el objeto *a* aparece sin su tratamiento por la vía de su articulación con el (-phi). El paradigma de esto es el fenómeno de lo siniestro.

“*¿Cuando surge la angustia? La angustia surge cuando un mecanismo hace aparecer algo en el lugar que llamaré (...) (-phi)*”. (Lacan 1962-1963, 52).

En el lugar donde debía estar el (-phi), aparece el *a*. En la angustia, lo que tendría que estar velado aparece con su consistencia:

“*Cuando surge la angustia, el objeto de la angustia como objeto ansiógeno, lo no especularizable paradójicamente se especulariza, lo invisible, sin embargo se ve.*” (MILLER 2007, 34).

En esta misma línea, no toda angustia es angustia de castración. Así, la angustia no es señal de una falta (tal como lo es en la angustia de castración).

“*¿No saben ustedes que no es la nostalgia del seno materno lo que engendra la angustia, sino su inmanencia? Lo que provoca angustia es lo que nos anuncia, nos permite entrever, que volvemos al regazo*”. “*En un plano más elevado, en el tiempo siguiente, el de la presunta pérdida de pene, ¿de qué se trata? (...) No se trata de pérdida del objeto, sino de la presencia de lo siguiente -los objetos, eso es algo que no falta.*” (Lacan, 1962-1963, 64).

Esta misma lógica la encontramos en el siguiente párrafo:

“*Cuál es el momento de la angustia? ¿Es acaso lo posible de ese gesto con el que Edipo se arranca los ojos, los sacrifica, los ofrece en pago por la ceguera con la que cumplió su destino? ¿Es eso la angustia? ¿Es la posibilidad que tiene el hombre de mutilarse? No, es propiamente lo que me esfuerzo en designarles mediante esa imagen, es la imposible visión que te amenaza, de tus propios ojos por el suelo.*” (Lacan 1962-1963, 176).

La angustia de castración es ante la pérdida de objeto (que ya es una elaboración de esa falla radical), ante la posibilidad de la falta. La angustia que destaca Lacan en el *Seminario 10* es cuando esa falta (producto del velo de la castración) falta, cuando falta esa falta, y se presentifica el *a*. En este punto, la angustia de nacimiento sirve más de modelo que la angustia de castración.

Asimismo, podemos señalar que es un dato de la experiencia clínica que la angustia tiene un correlato corporal y, por otra parte, que la angustia es el único afecto que no engaña. Podríamos decir que en el registro de lo imaginario se puede engañar -el camuflaje da cuenta de ello-, en el registro de lo simbólico se puede mentir y dudar, pero la angustia, al ser señal de lo real, no engaña. Uno no duda de estar angustiado. La angustia está del lado de la certeza.

Otras formas de anociarnos de *a*.

Existen otras formas de anociarnos de este *a* sin velo que también son, podríamos decir, fenómenos indisociables de la angustia -u otras formas clínicas de la angustia.

Por un lado, tenemos lo **siniestro** como una de las formas donde puede verificarse la presentificación del *a* -con el fenómeno del doble como el más paradigmático.

Por otro lado, tenemos la **pesadilla** donde no sólo tenemos la presentificación de ese *a* sin velo sino, también, la presentificación del goce del Otro (Lacan 1962-1963, 73). Lacan hace referencia a ciertos seres mitológicos supuestos en las pesadillas: “(...) *aquel ser que te oprime el pecho con todo su peso opaco del goce extranjero (...) aquel ser que pesa por su goce es un ser que interroga*”. (Lacan, 1962-1963, 73).

Por último, podemos señalar los **fenómenos de despersonalización** que se caracterizan por una sensación del propio cuerpo o de los propios procesos mentales, donde el sujeto queda como un observador externo de sí mismo; también puede ir acompañado de cierta desrealización del mundo exterior. Lacan, por su parte, los define como “(...) *los fenómenos más contrarios a la estructura del yo en cuanto tal*”. “(...) *el no reconocimiento de la imagen especular.*” (Lacan 1962-1963, 133) En todos estos fenómenos tenemos la desestructuración del campo especular y la presentificación de *a*. Así la angustia no sólo se refiere a la falta de significante sino a la presencia de *a*.

El objeto *a* no es un objeto como los otros³.

Para concluir podemos señalar que hasta el *Seminario 10* los objetos eran moldeados, concebidos desde la imagen o desde el significante (aunque igualmente podemos encontrar antecedentes del objeto *a* por ejemplo, en el abordaje del *das ding*, la *cosa*, en el *Seminario 7*). Tenemos por un lado los objetos que forman parte del campo especular, donde ubicamos a los objetos de la realidad, al yo y al otro semejante. Del lado del significante tenemos a los objetos simbolizados, afectados por el significante, significantizados, que hacen que los objetos pierdan su estatuto natural, por llamarlo de alguna manera. Podemos ubicar allí el objeto de don, el objeto fálico, el objeto metonímico del deseo.

El objeto *a* tal como es elaborado en el *Seminario 10* supone una *descomposición* (Miller 2007, 23). Y cuando se lo quiere abordar por la palabra “(...) *exige que se proceda por aproximación*” (Miller 2007, 23).

BIBLIOGRAFIA

J. Lacan, (1962-1963) *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 8: La transferencia*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 2001.

J. Lacan, (1962-1963) *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 10: La angustia*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 2006.

J. A. Miller (2007) *La angustia lacaniana*. Buenos Aires, Paidós, 2007.

F. D. Schejtman, (2013) “Una introducción a los tres registros” en *Psicopatología: Clínica y ética. De la Psiquiatría al Psicoanálisis*. F. Schejtman (compilador). Gramma ediciones. Buenos Aires, 2013.

3 Cf. MILLER, 2007, 23.